

CAMINO



Revista de Pensamiento Bíblico

Hermenéutica Urbana la ciudad en la Biblia

Instituto Claretiano de Estudios Bíblicos

No. 2

Junio de 2003

CAMINO

Revista de Pensamiento Bíblico



Hermenéutica
Urbana
la ciudad en la
Biblia

No. 2 - Junio de 2003

**REVISTA DE PENSAMIENTO BÍBLICO
DE LOS MISIONEROS CLARETIANOS
COLOMBIA - OCCIDENTAL**

CONSEJO DE DIRECTORES

Raúl Céspedes
Gonzalo de la Torre
Agustín Monroy
Gonzalo Rendón

CONSEJO DE REDACCION

Consejo de Directores
Adriana Mora
Germán Ortiz
Javier Pulgarín
Guillermo Vásquez

CORRECCION DEL TEXTO

Orlando Hoyos

Cada autor es responsable de sus ideas.
Se permite la reproducción de artículos,
citando la Revista Camino

**INSTITUTO CLARETIANO
DE ESTUDIOS BÍBLICOS
«CAMINO»**

Calle 20 No. 5-66 Barrio la Yesquita
Quibdó - Chocó
Teléfono: (094) 6711217
E-mail: camino@col2.telecom.com.co

Cra. 47 No. 53 - 18 Piso 7
Medellín - Antioquia
Teléfono (094) 5126729 Fax: 2511849
A.A. 52511
E-mail: cmfcoloc@epm.net.co
revistacamino@hotmail.com

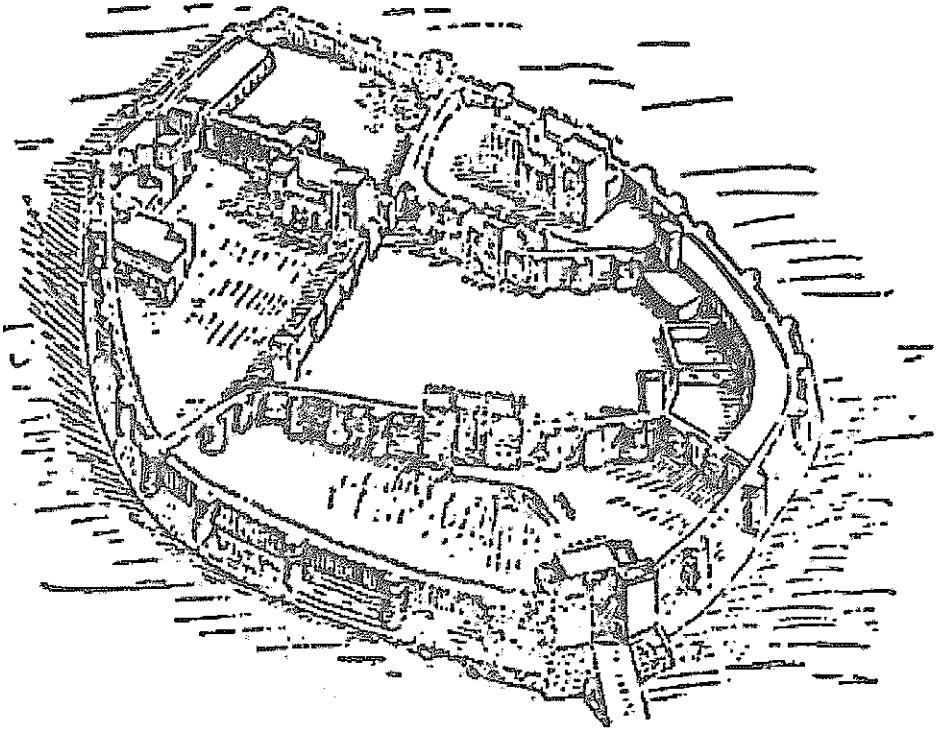
República de Colombia

Diagramación:
Virgilio Bueno Rubio

Diseño - Prerensa Digital - Impresión
MUNDOGRAFICOIMPRESORES
Tel: (092) 336 1529 Cali - Valle - Colombia

Contenido

	Pág.
La ciudad, entre el amor y el desamor	5
La ciudad en San Mateo	19
El rol de la ciudad en la obra lucana	31
La ciudad en el Apocalipsis El Apocalipsis desde la ciudad	47
Mujer, Ciudad y Resistencia	101
Francisco de Asís y la fiesta de "San Fausto"	109
El desafío pastoral de la ciudad	117



Reconstrucción de la ciudad y de la ciudadela de Sendjirli,
dispuesta de tal manera que sólo podía ser conquistada por secciones.
El palacio real está situado en la parte más elevada

LA CIUDAD, ENTRE EL AMOR Y EL DESAMOR...

(Claves históricas para comprender la Ciudad en la Biblia)

Gonzalo M. de la Torre Guerrero

1. Hay tiempos en que nos vienen deseos de bendecir o maldecir a la ciudad...

• ***Como punto de partida, no hay que bendecir ni maldecir a la ciudad. Ella, en cuanto creación humana, es una mediación en sí misma ambigua. Su ambigüedad sólo queda resuelta por su capacidad o incapacidad de dignificar al ser humano que la creó.***

La ciudad, mirada desde sus contenidos humanizadores, no es una realidad unívoca que en la Biblia tenga siempre el mismo significado. En la Biblia hay textos para probar cómo la ciudad puede ser lo más bendito (Dt 28,3), lo mismo que lo más maldito (Dt 28,16); y, entre bendición y maldición hay tantos matices, cuantas son las circunstancias por las que pasa el ser humano, circunstancias que lo acercan o lo alejan de lo que él juzga como felicidad (bendición) o infelicidad (maldición) (cf. Dt 28,1-46).

Si la ciudad no es un término unívoco en cuanto a su calidad se refiere, quiere decir que la ciudad tiene un sentido análogo, es decir, que debe ser mirada desde las diferentes circunstancias por las que esté pasando: unas ciudades se-

rán malditas y otras benditas... y aun una misma ciudad puede pasar por un tiempo de bendición o por un tiempo de maldición. Es que la ciudad, en sí misma, es una realidad ambigua: unas veces merecerá nuestro reconocimiento y amor incondicional, mientras otras merecerá nuestra crítica negativa y nuestro desamor.

La razón de esta ambigüedad está en que la ciudad es una mediación humana. Y toda mediación, mientras tenga una razón de ser que la justifique, merece ser bendecida; y cuando pierda su razón de ser no vale la pena luchar por ella. Lo importante, como punto de partida, es no tomar a priori partido por una realidad histórica que, en cuanto mediación humana, no tiene su valor sólo en el hecho de existir, sino en que cumpla una misión de humanizar al ser que la creó.

2. Siempre hubo tiempos en los que las personas y las estructuras supieron encontrarse en la ciudad...

• ***En la ciudad se da el encuentro de estas dos realidades: la convivencia humana y las leyes que la regulan. Quienes regulan las leyes manejan la***

ciudad. Estos son los que le dan a la ciudad su sentido de humanidad o inhumanidad, de bendición o de maldición.

Hay dos componentes que le dan a la ciudad su identidad. En primer lugar, la ciudad es un conglomerado humano que, al resolver unirse, tiene un propósito fundamental, consciente o inconsciente: encontrar mayores y mejores posibilidades de vivir humanamente. Y, en segundo lugar, y como condición para lograr lo anterior, la ciudad tiene unas reglas de convivencia orientadas y manejadas por un grupo de personas que a su vez se rigen por unos principios o estructuras de gobierno determinadas, según conveniencia.

Esta estructura de gobierno usará los medios más aptos para lograr el fin propuesto: leyes de convivencia y estructuras de protección y defensa (murallas, torres, túneles, puertas de protección, canalizaciones, plazas, sitios comunes de encuentro, centros de culto, etc. etc.). Por lo tanto, conglomerado humano y estructuras de gobierno son los dos componentes de la ciudad. Estos dos componentes existen desde el origen de la ciudad hasta nuestros días. Y según se altere uno de los dos, se altera la misma ciudad.

Es cierto que todo conglomerado humano necesita de una estructura básica de convivencia para crecer en humanidad, pero no todas las estructuras están destinadas a producir humanidad: hay estructuras de explotación, opresión

y alienación que pueden destinar una ciudad a producir muerte y sufrimiento, a ser máquinas de deshumanización e indignidad.

Toda ciudad, por ser reflejo de la sociedad que la genera, tiene en sí misma tres tipos de estructura básica: estructura económica, estructura política y estructura ideológica. Así mismo, tiene tres tipos de estructuras funcionales, al servicio de lo básico: estructura militar, estructura administrativa y estructura religiosa. Estos tres elementos, en la medida en que acepten convivir, lucharán por los ideales que les presenten las estructuras básicas.

Una sociedad -y por lo mismo una ciudad- nunca es neutra: detrás de su organización mantiene una finalidad. Mejor, según la finalidad que persiga, así establece su propio modelo de organización. Lo importante por ahora es que aceptemos que hay diversos modelos de ciudad, según la finalidad que se proponga cada uno de ellos.

3. Hubo tiempos en que las ciudades explotadoras no eran lo común en Canaán...

• ***Se trata de un tiempo anterior al tiempo de las ciudades de vasallaje, o de recolección de tributos. Este modelo de ciudad va a ser importado, según un modelo impuesto por Egipto. ¿Cómo era Canaán sin ese modelo de ciudad?***

Remontémonos, sólo como ejercicio es-

peculativo, a los tiempos anteriores a los siglos 15-13 aec., siglos que ya nos traen el testimonio de la existencia de ciudades de vasallaje o de recolección de tributos. Por entonces existían en Canaán diferentes grupos humanos: familias, clanes, tribus... aldeas, ciudades, urbes, sin que nos importe su tamaño, sino su función, por primitiva que nos parezca. De hecho, ya se hablaba de ciudades de respeto como Jericó, Meguidó, Jerusalén... Las familias, clanes, tribus y aldeas eran relativamente independientes, aunque vivían siempre en procesos de pactos, a través de los cuales se enriquecían mutuamente. Se regían fundamentalmente por la dinámica de las alianzas, a través de las cuales se iban aunando, al mismo tiempo que iban aceptando determinadas formas de vivir y de organizarse. En determinados casos, para poder sobrevivir había que unirse. Nace así el tiempo fuerte de los pactos, en los cuales jugaban papel importante estas dos realidades: la divinidad o divinidades bajo cuyo nombre se hacía el pacto, y las condiciones del mismo: la protección de las personas y de los bienes, la defensa del territorio, las alianzas matrimoniales, las costumbres o leyes consuetudinarias. En algún momento, todo esto lo hicieron las tribus con independencia de poderes que las condicionaran con tributos.

Su vida era regida por costumbres o leyes consuetudinarias, según la dinámica que imponía el modelo de familia y de sociedad patriarcal vigentes, en la cual tenían gran importancia los ancia-

nos o mayoritarios de la comunidad. Las ciudades explotadoras y opresoras de las aldeas campesinas aún no se hacían sentir. Por eso, los excedentes económicos del trabajo agropecuario y la mano de obra que se multiplicaba con los nuevos hijos e hijas, eran patrimonio exclusivo de las familias que podían mejorar, cada vez más, su calidad de vida. Eran tiempos relativamente felices.

4. Hubo un tiempo en que los moradores de Canaán vieron multiplicarse "ciudades grandes amuralladas hasta el cielo" (Dt 1,28)...

• *Hay que distinguir, como lo hace la Biblia, entre ciudades amuralladas explotadoras y opresoras y ciudades abiertas. Las ciudades amuralladas que proliferaron en los siglos 15-13 aec. eran instrumentos de dominación que supieron sembrar terror.*

La existencia de ciudades en Egipto y Mesopotamia, los dos vecinos poderosos de Canaán, se remonta a milenios antes de la era cristiana. Si en Canaán, en el neolítico (8º milenio aec.), ya aparece la ciudad de Jericó, podemos preguntarnos cuál no sería la antigüedad de la ciudad en naciones que, en el tiempo de Jericó, ya estaban en pleno desarrollo. La ciudad es una invención humana, cuyos diferentes modelos pueden ser imitados por otros grupos y exportados a otras regiones. El modelo de ciudad que nos ocupa fue un modelo de ciudad conquistadora, creado expresamente para dominar y explotar económicamente a pueblos más débiles.

En las tradiciones que recoge el libro del Deuteronomio, se pondera la proliferación de "ciudades fortificadas con muros altos, puertas y barras" (Dt 3,5), sabiendo que también había "otras ciudades sin muros" (ib.). Es decir, los moradores de Canaán palpaban que por todas partes había cundido el terror de un nuevo tipo de ciudad hecha para la violencia y la explotación. Esta ciudad, por los testimonios de la arqueología, no era muy grande (un promedio de una a tres hectáreas), con gruesos muros, controlada por puertas con cerrojos, con patio para carros de guerra y con habitaciones para piquetes de soldados bien armados, para un capitán (o gobernador, o reyezuelo), para quienes compusieran su familia y para sus funcionarios (administradores económicos y religiosos). Se trataba, pues, de un grupo compacto, dotado de una estructura y una ideología clara: recurrir a la fuerza, la violencia y el terror para extraer del pueblo la mayor cantidad posible de tributos, tanto de bienes como de personas. A las buenas o a las malas, todas las aldeas de su influencia debían tributar con ganados, cosechas y personas.

La historia y la arqueología atestiguan que el gobernador o capitán de estas ciudades era un delegado del Faraón de Egipto, con poderes absolutos sobre la región que el gobierno central le asignara. La corte de Egipto, por su parte, enviaba funcionarios bien protegidos para revisar a sus gobernadores y para exigirles el cumplimiento de sus tributos.

Es útil aquí precisar el concepto de ciu-

dad que dimos antes (cf. n.2). Ahí nos referíamos a la ciudad como a un conglomerado humano regido por una determinada estructura que le da su bondad o su maldad. Frente al modelo de ciudad que Egipto exportó a Canaán y que acabamos de describir, vale la pena que le apliquemos la definición dada de ciudad.

En primer lugar, se trata de un conglomerado de personas, todas ellas compactas, destinadas a un mismo fin y entrenadas para ello; no es un conglomerado humano abierto a convivir o compartir con otros; todo lo contrario, se trata de excluir al otro, ya que ese otro, por ser de alguna manera víctima de tributos injustos, será siempre un enemigo potencial. Quizás haya ciudades que incluyan en su ámbito mujeres campesinas, pero será en calidad de "prostitutas", según nos lo señala la misma Biblia (cf. Jos 2,1) a propósito de Jericó, caracterizada por la arqueología no tanto como una de las ciudades que venimos describiendo, sino como una ciudad más abierta, cuyo origen se remonta, como ya lo dijimos, al comienzo del neolítico (8º milenio aec.).

En segundo lugar, el modelo de ciudad que nos ocupa está dominada por una estructura también específica: ser instrumento de recolección de tributos, en competencia con las otras ciudades, cada una de ellas bregando a expandir su territorio de influencia. Las luchas de estas ciudades entre sí quedó bien plasmada en las cartas de tel-el-Amarna. Estas cartas no revelan ninguna finali-

dad de colonización, ni de aculturación, ni de imposición religiosa por parte de Egipto. Se trataba de tomar posesión de un territorio, instalar en él una estructura de ciudad ágil, y extraer de la región todo lo que tuviera algún valor. Este modelo de ciudad es el que va a marcar la memoria y el inconsciente israelita durante mucho tiempo.

Al coordinador de cada una de estas ciudades la Biblia lo va a llamar "rey". Éste rey, encerrado y protegido en la ciudad amurallada, armado de arqueros, lanceros y carros de guerra, imponía el terror en la comarca. Para los campesinos, acostumbrados a la pequeñez de sus aldeas, este modelo de ciudad debía parecerles algo inmenso e inexpugnable.

5. Hubo un tiempo muy duro en el que los campesinos de Canaán vieron cómo las ciudades opresoras bebían su sangre...

• *Es difícil creer que haya habido ciudades destinadas expresamente a deshumanizar. Aunque parezca mentira, tales ciudades existieron y esa fue su finalidad, contrariamente a lo que puede pasar con las ciudades normales que, aunque pasen por períodos de deshumanización, siempre tienen algo que humaniza...*

La historia y la arqueología conservan las cartas que se entrecruzaban los Gobernadores o reyezuelos de Canaán y los Faraones de Egipto. Estas cartas fueron descubiertas en 1887, en la ciu-

dad de el-Amarna, la capital que el Faraón Amenofis IV (1379-1362) construyó como centro operativo de su reino. Estas cartas son un verdadero retrato de las ciudades opresoras que venimos describiendo, para las cuales es muy difícil encontrar un nombre específico, ya que ellas hicieron específicamente lo que también otras ciudades hacían ocasionalmente: someter la comarca donde estuvieran implantadas y recoger para sí y para el Faraón toda clase de bienes.

En una carta escrita por Amenofis III, éste le pide a Milkili, reyezuelo de la ciudad de Guézer, que le envíe esclavas: "Te envío a Hanya, el jefe de cuadra de las tropas de arqueros, con todo lo preciso para adquirir buenas esclavas... en total, 40 esclavas... Envíame esclavas muy buenas, que no tengan falsedad en su corazón, de suerte que pueda decirte el rey, tu señor: esto está bien"... En una carta de Abdi-Heba, reyezuelo de Jerusalén, le dice a Amenofis IV: "He enviado al rey, mi señor, regalos: ... prisioneros, cinco mil siclos de plata"...

A través de la arqueología y de la Biblia, sabemos que eran muchas, muchísimas, las ciudades exclusivamente destinadas a extraer riqueza, instaladas por Egipto en Canaán. Al mismo tiempo que dichas ciudades le daban riqueza a Egipto, también le daban seguridad, protegiendo el patio trasero del imperio de cualquier ataque proveniente de alguna de las naciones de Mesopotamia. Pero, ¿cuánta vida, cuánta sangre no

costrarían estas ciudades, instrumentos del poder de Egipto? Por dar sólo dos ejemplos del estimativo que hace la Biblia acerca del florecimiento de tales ciudades, recordemos estos dos textos: el libro del Deuteronomio habla de 60 ciudades destruidas por los revolucionarios israelitas sólo en la región de Basán (Dt 3,4); y el libro de Josué, en otra de sus listas habla de 31 reyes derrotados por Israel (Jos 12,24).

6. Pero también hubo un tiempo en que los campesinos se sacudieron el yugo de las ciudades “chupa-sangre”...

• *Los campesinos de Canaán, aprovechando la debilidad de Egipto, la rivalidad entre los reyezuelos y sintiéndose respaldados por la actividad bélica de los Hapiru, emprendieron una lucha frontal contra las ciudades opresoras, la mayoría de las cuales fueron derrotadas.*

Por todos los datos que hemos aportado anteriormente, se ve que este modelo de ciudad era algo muy económico para el Imperio, por lo pequeño, ágil y fácilmente armable y defendible. Al mismo tiempo, era un modelo de ciudad fácil de replicar y por eso mismo sobreabundó. Sin embargo, la historia nos dirá que en esta misma facilidad de construir una ciudad de este tipo estuvo su debilidad. Egipto no quiso invertir demasiado en ellas y sólo pretendió que ellas le dieran ventajas. Por eso, tarde o temprano les había de llegar su final y les llegó: la proliferación de este mode-

lo de ciudad exasperó a los campesinos, unas ciudades con otras entraron en rivalidad, el Imperio Egipcio entró en decadencia, no tuvo con qué auxiliar a sus reyezuelos que quedaron a merced de sus rivalidades y de la furia del campesinado... y, sobre todo, aparecieron los *hapiru*, esa clase social campesina rebelde, libertaria, que le iba a dar unidad y fuerza a la revolución de la que nacería una nueva nación: el Israel del tiempo de los Jueces.

Las Cartas de tel-el-Amarna lo testifican: “Que vengan del rey, mi señor, tropas de arqueros. No queda país para el rey. Los *hapiru* saquean todos los países del rey... Todos los países del rey, mi señor, están perdidos”. Llegó un momento en que los reyezuelos de Canaán, en su desesperación, se contentaban con poco:

“Que envíe el rey cincuenta hombres de guardia para proteger el país. Se ha rebelado todo el país del rey”... “El país del rey se ha rebelado en provecho de los *hapiru*” (Cartas de Abdi-Heba a Amenofis IV).

Cuando la Biblia habla de las ciudades conquistadas o derrotadas por Israel, aparecen, entre otras, dos grupos de ciudades: a) las de la planicie y las cercanas al Jordán, a las que se les llama ciudades cananeas; y b) las de la montaña, a las que se les llama ciudades jiveas, jebuseas o amorreas. De ellas repite que son ciudades muy grandes y fortificadas (cf. Nm 13,27-29). Si tomamos los nombres “cananeos” (planicie)

y "amorreos" (montaña) como denominaciones geográficas, podríamos sacar la conclusión de que Egipto colocó ciudades en todos los rincones de la tierra de Canaán. Pero si dichos nombres los tomamos como denominaciones étnicas, tendríamos que decir que también otros pueblos copiaron el modelo de ciudad explotadora.

En el caso de los "amorreos", de origen mesopotámico, podríamos llegar a pensar que también Mesopotamia tiene la patente de este tipo de ciudades y que es la diferencia étnica la que explica la rivalidad de las ciudades entre sí, rivalidad que Israel supo canalizar en su provecho.

7. Y hubo gran alegría por la ciudad explotadora vencida, que quedó como símbolo de liberación...

• *Los relatos de guerra del libro de Josué no ocultan la alegría por la derrota de las ciudades destinadas expresamente a explotar y oprimir. No se trata de ciudades ambiguas. Su ambigüedad ya estaba resuelta a favor del invasor armado y en contra del campesino desprotegido. Por lo tanto, tampoco frente a este tipo de ciudad había ambigüedad. Israel no la tuvo; por eso las combatió a muerte y convirtió su destrucción en símbolo de liberación.*

Israel no celebra la derrota de la ciudad en general, ni maldice a la ciudad en general. Maldice y derrota a un modelo de ciudad específico, a ese modelo ma-

nejado por Egipto y destinado a causarle muerte.

Israel celebra repetidamente el triunfo sobre esta clase de ciudad y confiesa con gozo -quizás con exageración- que ninguna de estas ciudades se le resistió. De las ciudades de la montaña (las amorreas y jebuseas) dice: "no hubo ciudad que escapara de nosotros; todas las entregó Yahvéh, nuestro Dios, en nuestro poder" (Dt 3,36). Y de las ciudades de la llanura (las cananeas) afirma: "Vas a derrotar (desposeer, desalojar) a ciudades grandes, de murallas que llegan hasta el cielo" (Dt 9,1). ¿Qué hizo Israel con estas ciudades? Destruirlas (Nm 21,3); incendiarlas (Nm 31,10); despojarlas (Dt 2,35); matar a sus habitantes (Dt 3,6); declararlas "anatema" u holocausto a Dios (Jos 6,17); maldecir a quien las reedificara (Jos 6,26)... Estas ideas las repetirán incansablemente una y otra vez, como desahogo de tanta opresión acumulada.

Israel era consciente de que derrotando a las ciudades de la llanura, a las de la montaña y a las de las tierras de Basán (la transjordania), estaba derrotando un modelo de sociedad representado en ese momento por Egipto. Aunque la Biblia coloque como paradigma de esta liberación la huida de Egipto con el paso del Mar Rojo, sin embargo, también ella deja constancia de que no fue suficiente que un puñado de israelitas hubiera huido de la tierra de la esclavitud, sino que fue necesario que los grupos libertarios, animados por los hápiru, derrotaran una a una las ciudades que

Egipto y los príncipes cananeos, amorreos, jibeos, jebuseos, pereseos etc. tenían montadas a lo largo y ancho del territorio que iba a recibir el nuevo nombre de Israel.

Mientras estas ciudades subsistieran, no se podía hablar de libertad. Es por eso que la "ciudad explotadora derrotada" quedó como símbolo de liberación. El modelo de la derrota de todas estas ciudades está en la narración de la toma de la ciudad de Jericó, una narración épica, a la cual se le debería devolver su importancia original, ya que el libro de Josué pareciera que en seis capítulos no terminara de narrar esta gran victoria (Jos 2-7), verdadero paradigma de la derrota de la ciudad explotadora.

8. Hubo un tiempo en que Israel, como nueva nación, trató de construir un tipo diferente de ciudad, acorde con su nueva realidad...

• *La revolución de los campesinos contra Egipto y sus ciudades dio origen a un nuevo modelo de ver las cosas. Algunos grupos lograron unirse y formar su propia nacionalidad. Una revolución no pasa sin dejar huellas muy hondas. La huella más honda que marcó a Israel para siempre fue la de repensarlo todo (a Dios, al ser humano, a la sociedad, al mundo) desde el polo contrario a la opresión vivida bajo Egipto. La mejor forma de repensar las cosas es hacerlo desde la libertad. ¿Seremos capaces de imaginarnos una ciudad israelita del tiempo de los jueces?*

La historia nos dice que la nueva nación israelita se afianzó en la región montañosa y que aquí habitó también en ciudades. Entre ellas se destacan Hebrón, Silo, Siquem, Bet Shemesh, Gibeáh, Betel, Dan (Lais), etc. Todas ellas ciudades anteriores a Israel, ciudades explotadoras en su tiempo, pero ahora transformadas en ciudades constructoras de igualdad, solidaridad y fraternidad. Su aspecto físico, por lo que sabemos, no cambió: siguieron con sus murallas y sus torres de defensa. Pero lo que cambió radicalmente fue la relación de sus estructuras con el ser humano: eran ciudades defensoras del derecho de los pobres y oprimidos.

No siempre es fácilmente perceptible ese cambio sustancial que convierte a un asentamiento humano llamado ciudad en liberador. Todo depende de que sepamos percibir el talante de sus moradores que, en un sitio fijo, establecen frente al trabajo relaciones complementarias, jerárquizadas es cierto, pero partiendo de un modelo determinado de economía (en nuestro caso economía solidaria), que es el que les da su unidad fundamental, ya que sus relaciones sociales y religiosas van transversalizadas por la valoración, defensa y protección de dicho modelo. Las relaciones fundamentales que Israel establece en el tiempo primero de su liberación (tiempo de los jueces), giran fundamentalmente en torno a la propiedad comunitaria de la tierra (Jos 13-19), al derecho a rescatarla en caso de pérdida (Lv 25,10) y a la prohibición de venderla. Esto nos lo recordará el relato de la viña de Nabot: "libreme Yahvéh de darte en

venta la herencia de mis padres" (1R 21,3).

En el tiempo de los jueces la ciudad cambia su razón de ser. Ya no es el sitio de la explotación, donde el reyezuelo justifica y legaliza el despojo que hace del campesino. Por el contrario, es el lugar donde se ejerce la justicia y se pronuncia la sentencia. Textos posteriores también nos lo recordarán (Rt 4,1-11; 2S 15,2; Jb 31,21).

Otra experiencia de ciudad nacida en este tiempo es el de las ciudades de refugio. Esta es otra forma en la que se demuestra cómo el ser humano, al cambiar las relaciones de la ciudad, la convierte en liberadora. La Biblia señala seis ciudades de refugio, repartidas a lo largo de toda la nación: tres en la Transjordania y tres en la Cisjordania (Jos 20,1-9). Estas ciudades le servían de refugio a los homicidas involuntarios, para que los vengadores del muerto no los mataran. Cuando más tarde se legisla sobre estas ciudades de refugio, regulando la ley de la venganza de la sangre (Nm 35,9-34; Dt 4,41-43; 19,1-13), se sanciona el papel humanizador que puede lograr la ciudad cuando sus estructuras se emplean a favor de la vida.

9. Hubo también otro tiempo en el que los profetas vieron aterrados cómo sus ciudades se iban volviendo perversas...

• *Jerusalén es el paradigma vivo del proceso cambiante que puede sufrir una ciudad. Así como ya vimos el*

cambio social que se opera del tiempo de la opresión al de la liberación, ahora veremos, precisamente en el ejemplo de Jerusalén, cómo la realidad de liberación se puede perder por involución, por un regreso a la opresión. La capacidad de humanizar que adquiere una ciudad puede ser cambiada por el poder de oprimir que le impriman sus dirigentes.

El objetivo que buscamos en este punto es el de llamar la atención sobre el giro que puede tomar algo que es juzgado como santo. Todos sabemos, por ejemplo, la historia de Jerusalén. En un principio era una ciudad-estado que, como otras, imponía el terror a las aldeas campesinas. Era una ciudad tan fuerte que sólo en tiempo de David pudo ser tomada, a base de riesgo, astucia y valor. David la convirtió en ciudad santa o consagrada, realidad que Salomón confirmó, construyendo en ella un templo estable, bello, rico, atrayente, capaz de llenar los anhelos de todo un pueblo. Pues bien, esta ciudad, lugar de la habitación Dios (Sal 76,2-4), invulnerable (Sal 48,5-9), término de toda peregrinación (Sal 84,6), nuevo Edén (Sal 46,5), refugio de Paz (Sal 122,6-8), lugar que Yahvéh se escogió (Dt 12,5.21; 14,24), etc., esta ciudad de tanta gloria, cambia sus relaciones y ante los profetas queda convertida en maldición.

¿Por qué? Sencillamente porque sus relaciones con el ser humano que la habita cambiaron. Este cambio de relaciones se ve patente en este texto de Isaías: "¡Cómo has llegado, ciudad fiel,

a ser igual que una prostituta! Antes toda tu gente actuaba con justicia y vivía rectamente, pero ahora no hay más que asesinos. Eras plata y te has convertido en basura, eras buen vino y te has convertido en agua. Tus gobernantes son rebeldes y amigos de bandidos. Todos se dejan comprar con dinero y buscan que les hagan regalos. No hacen justicia al huérfano ni les importan los derechos de la viuda"... (Is 1,21-23). Isaías conoce bien la ciudad y sabe cómo ella se presta para ser el mejor escenario de la vanidad que desconoce la justicia. El ve en la ciudad de Jerusalén, la gran capital, a "las mujeres de Sión, que son orgullosas, que andan con la cabeza levantada, mirando con insolencia, caminando con pasitos cortos y haciendo sonar los adornos de los pies"... (Is 3,16).

Ezequiel sabe que las relaciones de injusticia que pueden crear las estructuras de la ciudad están en manos de sus líderes que gobiernan desde la ciudad, principalmente desde Jerusalén: "los jefes de este país son como lobos que despedazan su presa, listos a derramar sangre y a matar gente con tal de enriquecerse"... (Ez 22,27).

El Profeta Miqueas nos ofrece un análisis precioso de cómo las diversas estructuras que componen una ciudad (los jefes políticos y económicos, los jueces, los sacerdotes y hasta los profetas) pueden convertirla en un infierno: "Escuchen esto ahora, gobernantes y jefes de Israel, ustedes que odian la justicia y tuercen todo lo que está derecho, que

construyen Jerusalén, la ciudad del monte Sión, sobre la base del crimen y la injusticia. Los jefes de la ciudad se dejan sobornar, los sacerdotes enseñan sólo por dinero y los profetas venden sus predicciones alegando que el Señor los apoya y diciendo: El Señor está con nosotros; nada malo nos puede suceder. Por tanto, por culpa de ustedes, Jerusalén, la ciudad del monte Sión, va a quedar convertida en un montón de ruinas"... (Mi 3,9-12).

Finalmente, Jeremías elige la figura impotente de una mujer parturienta, para representar al pobre explotado por la ciudad: "oigo gritos de dolor, como de una mujer que da a luz a su primer hijo; son los gritos de Sión, que gime, extiende los brazos y dice: ¡Ay de mí, me van a matar los asesinos!" (Jr 4,31).

10. Pero también hubo, a pesar de todo, una esperanza permanente de poder construir una ciudad que humanizara...

• *El problema, pues, de la ciudad es un problema de relaciones. La ciudad, como toda creación y mediación humana, está sometida a la ley de la evolución. Las relaciones humanas evolucionan e involucionan. Pueden crecer si practican la justicia, pero pueden también decrecer si practican el mal. Israel percibió con claridad esta ley; sus profetas así lo demuestran. Por eso, al mismo tiempo que condenan a la ciudad injusta, no tienen inconveniente en ofrecerle salvación.*

El profeta Ezequiel, refiriéndose a Jerusalén, habla así: "La gente del pueblo se dedica a la violencia y al robo; explotan al pobre y al necesitado, y cometen violencias e injusticias con los extranjeros. Yo he buscado entre esa gente a alguien que haga algo a favor del país y que interceda ante mí para que yo no los destruya, pero no lo he encontrado"... (Ez 22,29-30). Resaltemos del texto anterior estas palabras: "he buscado a alguien que haga algo a favor del país" (v. 30). Es decir, es suficiente que alguien ponga en marcha un proceso de justicia, para que desencadene un cambio de relaciones en la ciudad; con esto parecería que todo cambia para Dios y renace la esperanza... La mejor forma de combatir la opresión no es siempre enfrentándose a los opresores, sino inaugurando procesos de liberación.

El Nuevo Testamento, por su parte, recibe esta herencia y la profundiza: puesto que la fuente de la transformación está en las personas, éstas harán mejor trabajo de justicia si se liberan de las estructuras estatales injustas existentes. Jesús sabe el tipo de relaciones que imponen las estructuras que se asientan en la ciudad capital, de donde procede la injusticia estructural: "todos los reyes del mundo suelen gobernar con tiranía a sus súbditos y en general los que ejercen la autoridad quieren ser reconocidos como hombres de bien. Ustedes, por su parte, no deben obrar así. Por el contrario, el de mayor autoridad entre ustedes debe sentirse como un menor y el que manda debe buscar servir" (Lc 22,25-26).

Esta posición del Nuevo Testamento es novedosa, por cuanto cambia la dinámica de las relaciones frente a la ciudad. ¿Qué debe hacer un seguidor de Jesús frente a una ciudad opresora y violenta? He aquí una serie de respuestas que se complementan:

a) Ante todo, como nos lo dice Ezequiel, ser ese "alguien que se decide a hacer algo por el país" (Ez 22,30). Quien practica la justicia no debe pensar que su conducta va a ser aprobada por quienes gobiernan. Y quien está en medio de una ciudad gobernada por corruptos violentos, no debe pensar que las relaciones injustas ya montadas van a desaparecer de repente, gracias a su acción. Lo que se le pide es que inaugure, dentro de la ciudad, algún proceso de justicia, por pequeño que sea, que ponga en marcha unas relaciones nuevas que humanicen.

b) El texto del Evangelio ya citado (Lc 22,25-26) toca el verdadero fondo de la transformación de la ciudad. Ante todo, hay que tener claridad sobre las estructuras que ordinariamente son las generadoras del mal en la ciudad: "los que ejercen la autoridad" (v. 25), esos son "los que obran despóticamente o tiranamente" (v. 25) cuando se trata de sus intereses, esos son los que "quieren ser reconocidos como personas de bien", por el pueblo al cual explotan. Así, un primer paso para enfrentar el problema de la ciudad es hacer consciente el hecho de su explotación y los responsables de la misma.

c) Es necesario realizar una ruptura epistemológica: "ustedes, por su parte, no deben obrar así" (v. 26). Se debe romper el paradigma tradicional, el que causa el espejismo, creer que el poderoso que medra a base de engaño y de abuso del poder es ejemplo que hay que seguir. Mientras la conciencia no haga una ruptura con dicho modelo de poder, no es posible construir nuevas relaciones contrarias a las de dicho poder.

d) Hay que tomar frente a la ciudad una actitud de servidor. El verdadero servidor no impone su proyecto; le pregunta al otro en qué puede servirlo. Hay que ser capaces de preguntarle a los oprimidos de la ciudad qué se requiere para acabar con la injusticia que los envuelve. Y la mejor forma de preguntar a los oprimidos es unirse a los proyectos que ellos intentan impulsar para resolver sus problemas. Esto es lo que hondamente significaría la frase "el que manda debe buscar servir" (v. 26).

e) Unirse, pues, al proyecto de los oprimidos significa que se está dispuesto a inaugurar en la ciudad alguna experiencia humanizadora, por pequeña que sea. Será mucho mejor para la ciudad si esa pequeña experiencia se apoya en algo organizativo. En este caso, la multiplicidad de las conciencias que sean afectadas por el proyecto agranda la dimensión social del mismo. Además, la experiencia que libera no queda atada a los muros deleznable de la ciudad, sino a las conciencias de las personas. Esto le da mayores garantías de perdurar y de pasar a la posteridad.

Veamos un ejemplo que confirma lo anterior. Jesús lloró sobre la ciudad de Jerusalén diciendo: "si lograras comprender, siquiera en este día, qué es lo que genera paz... Te van a llegar días verdaderamente malos"...(Lc 19,41-43). ¿Significó esto que Jerusalén quedó abandonada de Dios o del grupo cristiano? De ninguna manera, ya que los discípulos inauguran en ella una experiencia que, todavía después de dos mil años, sigue alimentando las conciencias y generando nuevas experiencias liberadoras en el cristianismo: "estaban muy unidos y compartían los bienes según la necesidad de cada uno... oraban y comían juntos... daban testimonio de la resurrección del Señor"... (cf. Hch 2,43-47; 4,32-37).

11. Habrá un momento - no lo dudo - en que se me despertará el amor por mi ciudad

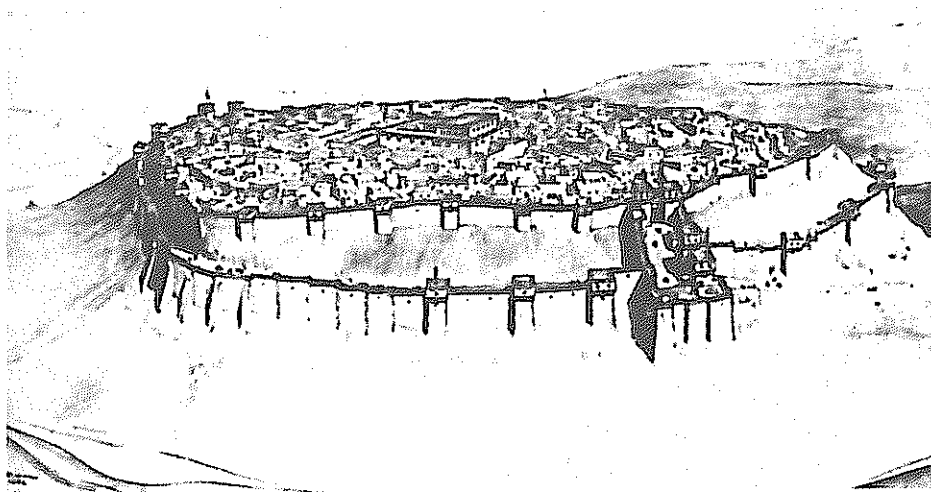
• Cuando hemos ponderado el carácter ambiguo de la ciudad, lo hemos hecho con la intención de resaltar esa realidad a la que la someten sus dirigentes que un día la convierten en objeto de amor y de deseo y al día siguiente la transforman en objeto de desamor y hasta de odio. Esto lo sabe muy bien quien de una u otra forma tiene ligada su vida y sus ideales a la ciudad. Lo cierto es que aún en los peores momentos de opresión, bulle en el interior el amor por la ciudad. La ciudad es una amada con la que se puede pelear, pero a la que nunca se dejará de querer. Urge despertar ese amor secreto...

A Israel se le avivó el amor por su ciudad Jerusalén, precisamente cuando la palpó destruida, víctima de las injusticias de sus jefes y líderes. En una oración dirigida a Yahvéh aparece esta bella confesión de amor: "Compadécete de Sión, ya es hora de que la perdones. Tus siervos están encariñados de sus piedras y sienten dolor por sus ruinas" (Sal 102,13-14). Las piedras hacen parte de la muralla y las murallas son el símbolo de la gran capital. Decir que se aman sus piedras es superar el complejo de derrota que se siente cuando la propia ciudad no es eso que uno quisiera que fuera. Hablar de que se siente cariño por sus piedras es estar dispuesto a reconstruir la propia ciudad, uniendo -como se pegan las piedras de una muralla- el propio talento y el propio esfuerzo al de los demás. Convenzámonos: la ciudad es una amada querida por muchos. Es la eterna enamorada de los buenos ciudadanos. ¡Si estos enamorados llegaron a convencerse del valor de la organización, otra cosa sería!... Creemos que sólo así, bajo la fuerza de una organización se puede reedificar o recomponer la ciudad.

La meta de la construcción y reconstrucción de una ciudad es lograr la genuina felicidad del pueblo. A esto es a lo que hay que apuntar. Todas las estructuras (económicas, políticas, culturales, educativas y religiosas) son un medio para que el pueblo sea feliz. El capítulo 15 de Isaías, de donde bebe el Apocalipsis 21, nos lo recuerda. Después de la caída de Jerusalén y como fruto del regreso del destierro, Yahvéh

se propone reconstruir Jerusalén: "He aquí que voy a crear a Jerusalén Regocijo' y a su pueblo Alegría: me regocijaré por Jerusalén y me alegraré por mi pueblo, sin que se oiga allí jamás lloro ni quejido... Allí no habrá niños que mueran... ni ancianos que no completen sus días... La gente construirá casas y vivirá en ellas... disfrutarán del trabajo de sus manos"... (Is 65,18-22).

El texto citado es un antropomorfismo aplicado a Dios. El gozo y la alegría de Dios no están en que el ser humano lo adore, ni siquiera en que haya en la ciudad un hermoso templo, están simplemente en que el pueblo viva humanamente, en que sea feliz. Repitiendo el texto, "el regocijo de Dios es el regocijo de la ciudad y la alegría de Dios es la alegría del pueblo, del cual han desaparecido las lágrimas de la opresión" (v. 19). Recordando esto, podremos apuntarle con certeza al trabajo que debemos hacer por nuestra propia ciudad. Volvamos a ser sus eternos enamorados. A ella, que se mueve entre el amor y el desamor por causa de sus explotadores, démosle la ocasión de sentirse enamorada y querida por alguien. Sencillemente, hagamos lo que nos enseñó a hacer el mismo Dios.



Laquis, antigua ciudad cananea, formó parte de la coalición de los cinco reyes constituida por Adonisedec y derrotada por Josué (Jos 10,3). Figura entre las ciudades fortificadas en Judá por Roboam (2Cro 11,9). Hacia el año 700 fue sitiada y destruida por Senaquerib (2R 18,13-14).